



ANTOLOGÍA 2025

MANDALA
Taller Literario para Mujeres

Presentación

Esta antología es el eco de las voces que, durante semanas, se encontraron en un espacio íntimo y seguro: **Mandala**, un taller de escritura creado por y para mujeres.

No es sólo una recopilación de textos; es el testimonio vivo de un proceso colectivo de creación y encuentro. Cada página es fruto del coraje de mirar hacia adentro, de nombrar lo innombrable.

Aquí hay relatos que abrazan, poemas que sacuden, pensamientos que resisten. Aquí hay historias contadas desde múltiples edades, contextos, experiencias y miradas, pero unidas por un manifiesto sororo, que afirma:

“aquí estoy”
“aquí estamos”

Esta antología es un acto de sororidad, de escucha y de presencia. Un regalo para quien la lea y una huella para quienes escribimos.

Estas palabras encontrarán en ti un eco, una pregunta, una emoción. Estoy segura.

Justine Hernández

Coordinadora de Mandala, Taller de escritura para mujeres



Índice

Angela Fuquen

El espectro y yo	6
Emancipación	9
Lola	11
Vida	12

Gen Gibler

Diapositivas del cabello	14
La memoria de Eugenia	16
Tesoros imaginados	19
Todo puede ser distinto	20
Vidas posibles	21

Lady Murcia

No crecer para quedarse a su lado	23
Sorpresa	24
Tragicomedias para Pushkin	25

Ligia Chan Brito

Festín	27
Hambre	28
La ocasión la pintan calva	29
Palabras	30
Soltar	31



Nancy Hernández Yepez

Espejo	33
Idilio	35
Krako y la milonga de amor	36

Priscila Lozano

Diálogos empezarán inmediatamente	39
La abnegación una virtud loca	40

Renata Escamilla

Cocodrilo	42
Contrato de escritora	43
Yo huracán	44



Ángela Fuquen



Colombiana nacida en el municipio de Tunja-Boyacá. Matemática por casualidad, aventurera por necesidad y amante de la vida y la naturaleza por elección. Escribo para liberar mi interior, para verbalizar mi sentir y compartir lo que mis ojos no son capaces de decir. Quiero aportar con mi investigación a la conservación de los ecosistemas marinos.



El espectro y yo

Cuando era pequeña, odiaba apagar la luz; representaba una tarea de vida o muerte para mí. Debía oprimir el interruptor e, inmediatamente, correr tratando de evadir al espectro que habitaba la oscuridad. Nunca quise pensar en su forma, para no soñarlo. No sabía si era animal o humano, tampoco si pertenecía a algún género. Solo sentía que debía huir para evitar que me atrapara en sus sombras y no pudiera salir nunca más de allí. Algunas noches me sabía observada por ese ser. Recuerdo que un sudor frío recorría mi cuerpo y la piel se me ponía de gallina; entonces apretaba fuerte los ojos y le rogaba a mi ángel de la guarda que viniera a protegerme y que, por favor, lo hiciera desaparecer.

Pasado un tiempo, dejé de correr. No porque ya no sintiera miedo, sino porque no quería que los demás pensarán que estaba loca —yo sabía que era la única que podía percibirlo—.

No tengo idea de cuándo ocurrió, pero empecé a sentir al espectro incluso sin apagar la luz. El miedo comenzó a invadirme de forma constante; poco a poco comprendí que había empezado a habitar mi interior. Se manifestaba con dolores repentinos en el cuello y la espalda, y con una presión en el pecho que no tenía explicación.

Un día, una voz que nunca había escuchado antes resonó de repente en mi mente. No me pregunten cómo, pero desde el primer momento supe que era la voz del espectro. Era una voz algo aguda, con un acento particular, como ese que usan los payasos contratados para las fiestas de cumpleaños; con la diferencia de que no quería hacerme reír, sino resaltar todo lo peor de mí. Me juzgó, me señaló y me insultó. Estar en silencio se convirtió en una tortura. La voz empezaba a repetir siempre la misma retahíla: deberías haber hecho todo distinto; ¿cómo se te ocurrió decir eso?; quedaste como estúpida; te ves mal; así nadie te va a querer; no vas a ser capaz...

No importaba lo que hiciera, siempre todo estaba mal. Cada frase que pronunciaba se sentía dolorosa, como cortarse una y otra vez la misma herida abierta, imposible de sanar.



Traté de huir del espectro de mil maneras. Al principio, busqué estar siempre rodeada de ruido para no escucharlo. Me ponía audífonos para escuchar música a gran volumen. Cuando mis oídos empezaron a fallar, no tuve de otra que ir a terapia. Repetí las diez mil frases —sin sentido para mí— que la psicóloga me hacía decir mirándome al espejo. Le escribí cartas suplicándole que me dejara tranquila. Me hice todos los baños de hierbas que existen para librarme de las malas energías, pero eso tampoco funcionó.

Ya cansada, decidí enfrentarme al espectro. No funcionó huir; era claro que no me iba a dejar en paz hiciera lo que hiciera, así que pensé en escucharlo por primera vez. Quise saber qué era lo que quería de mí. Ya me tenía derrotada, ¿qué más buscaba?

Apagué todo lo que pudiera producir ruido, dejé el teléfono escondido para evitar el ataque de ansiedad que me llevaba al scroll infinito, y me dispuse a conocer al ser del que todo este tiempo había querido escapar.

Sentí miedo de ver su rostro, de dar forma a lo amorfo. Aún así, cerré los ojos, respiré profundo, tratando de concentrarme en escuchar su mensaje. Un calor abrazador empezó a invadir mi cuerpo; gotas frescas de sudor bajaron por mi frente y cayeron sobre mi pecho.

Escuché sus gritos, más fuertes aún:

- Te estás volviendo loca.
- ¿Qué me quieres oír! Jajajajaja.
- No tiene sentido.
- Sabes que no te puedes concentrar.
- ¿Y esas velas? ¿En verdad crees que eran necesarias?
- ¿No dizque me tienes miedo?
- ¿Segura que me quieres ver?
- A ver cómo logras dormir esta noche...

Luché varios minutos escuchando ese reclamo, y de repente entendí que me tenía miedo. Por eso gritaba, tratando de disuadirme. Estaba asustado, quizás más que yo. Suplicaba no ser visto. Tal vez nadie antes se había atrevido a tanto.

Lo escuché tan desesperado que sentí compasión en lugar de miedo.



De repente, aquel espíritu maligno, fuerte e intimidante, era un pequeño ser arrinconado, suplicando no ser visto. Miedoso, asustado y devastado.

Dirigí mi mente hacia el lugar de donde provenía la voz y empecé a acercarme. Sentía cómo retrocedía, pero decidí no detenerme. Una sombra se formó en el fondo. Ahí estaba, frente a mí. Noté su temblor y me acerqué más. Tenía la bella forma de una mujer.

Cuatro pechos, en dos filas de dos, colgaban de su cuerpo como grandes montañas. Daba la impresión de haber amamantado, pero... ¿a quién? Tal vez a mis miedos. Todo este tiempo había alimentado esos miedos.

La tristeza de su rostro impactó mi mente. Instintivamente la abracé. Lloró en mis hombros y yo en los de ella. Estábamos cansadas de luchar.

Su piel era suave y delicada, como la de un bebé.

Por fin escuché su mensaje y comprendí su rabia: tenía resentimiento por haber sido abandonada por mí. Solo quería que alguien la escuchara y la abrazara. Yo me había enfocado más en las necesidades de otros que en las suyas; quería dar amor a los demás sin entender que ella también lo necesitaba. Me necesitaba. Nos necesitábamos. Y todo este tiempo yo solo había querido escapar de ella.

Por eso aumentó su ira: se sentía sola y su única forma de hacerse notar era causando daño. Yo, sin darme cuenta, le enseñé a hacerlo así.

La invité a sentarse para contarnos todo lo que habíamos callado durante años. Prometí no olvidarla ni huir, sino buscarla y abrazarla cada vez que lo necesitara, cada vez que se sintiera sola.

Ahora, cuando siento angustia, sé que me necesita. Busco un lugar silencioso donde podamos estar solo nosotras, tranquilas. Cierro los ojos, la busco y la abrazo. Me siento a su lado, preparamos tinto y conversamos.

Sabemos que somos una.

El espectro y yo somos una.



Emancipación

Que si corto
 enredado
 despeinado
 trasquilado
están siempre juzgando
 inventando
 hostigando
me definen por apariencias
piensan conocerme, al observar mi melena.

Si es muy corto
 soy un hombre o me gusta una mujer
Si enredado
 soy muy sucia, ni siquiera me bañé
En desorden
 descuidada, ni peinarme sé
Y con frizz
 para eso hay cremas y si es necesario gel

Trasquilado si lo llevo, eso no lo negaré
yo misma me corté el cabello (porque ya me harté).

¿Desde cuándo las personas marcan el destino en los demás?
¿En qué momento eso nos empezó a afectar?
Dos preguntas retumbando en mi cabeza, que me hacen pensar:
 ¿Seguro que evolucionamos como humanidad?
 ¿Es verdad que mi cabello define lo que soy?,
 ¿Acaso mi belleza muestra mi valor?



Si llevo lentes es por ciega, no porque todo lo sé
no creo que vistiendo elegante, me vuelva rica en un dos por tres.
Si me pinto el cabello o lo dejo al natural,
¿Por qué a otra persona le debería importar?

Quiero soltar estas cadenas,
no sentirme prisionera,
que nadie opine cómo me veo por fuera.

Y si alguien intenta cambiarme, criticarme
romper el silencio
gritar lo que muchas han sabido callar.

Tomar control de mi cuerpo, sin preocuparme del qué dirán
valorarme desde adentro y así valorar a los demás
agarrar las riendas de mis sueños
responsabilizarme de mi
y si ocasionó mi destierro
asegurarme del por qué.

Volver a vivir
volar alto
que nadie me pueda parar.

Y sin miedo a equivocarme
volver a empezar.



Lola

Insolente, rebelde, complicada, exigente; llámame como quieras. Dices que no me conformo con nada. Tienes razón: no me conformo. Espero más; siempre quiero más de ti. Quiero que penetres mi tallo con rayos de fuego y sentir cómo me queman de afuera hacia adentro. Quiero que me mojes; anhele esas gotas frescas bajando por mi cuerpo y llenándome hasta la raíz. Excítame con tu presencia. No quiero que me veas solo de forma superficial; quiero que me veas a mí, a Lola. No quiero ser deseada solo cuando luzco perfecta. Quiero sentir que me amas a cada instante. No quiero sentir la presión de ser abandonada si no luzco como quieres. Quiero que aceptes quién soy.

Por las mañanas, cuando despiertas, te veo hermosa. Tú te levantas, te miras al espejo y criticas las arrugas que empiezan a aparecer junto a tus ojos, las famosas «patas de gallina», como dicen por ahí. Te frustras —«quizá hago muchas muecas», te dices—, como si eso, de algún modo, estuviera mal. ¿No te das cuenta de que aparecieron por reír? Son marcas de felicidad: deberías agradecerlas. Sin ellas no serías tú; sin esas expresiones faciales serías un ser sin alma. Esos bellos surcos que empiezan a formarse muestran el vaivén de tu vida, lo vivido que nadie te arrebatara.

Cuando te desnudas, me gusta admirar tu cuerpo: esa figura, perfectamente imperfecta, de piel suave y bronceada. Tus senos, inexpresivos, parecen mirarme; tu salvaje entrepierna protege el fruto sagrado de tu existencia: la esencia más pura de un universo inexplicable. En cambio, tú siempre te das la vuelta, me miras y, con una ceja levantada, pareces juzgar mi apariencia. Me pregunto: ¿por qué siempre quieres cambiarme? A lo mejor por eso tú también quieres verte diferente. ¿Acaso no sabes que somos inmejorables tal cual somos? Y, aparte, me exiges flores. ¿Tú qué me ofreces a cambio?

Pues me niego a darte flores y a verme impecable para ti; quiero placer. Quiero sentir tus dedos acariciándome lentamente, que recorras cada uno de los caminos interminables que pueden dibujarse en mi piel hasta llegar a mi carnosa columna; que, con tu lengua, acaricies mis sépalos y mis pétalos, te detengas en mi labelo y lo beses con tus suaves labios; que presiones mi columna hasta que grite de satisfacción y entres en mí una y otra vez. Polinízame lentamente hasta hacerme derramar el tibio néctar que he estado guardando para ti. Soy furia hecha de fuego; no me apagues con tu hielo, y tú no te apagues ante mí.



Vida

Vuelan entre hojas imágenes fugitivas

Impresiones indelebles de memoria fugaz

Nubes de letras en el cielo, que juntas hacen llorar

Lo escrito en tierra firme no perece, no se puede cambiar

Palabras que tocan el alma

con caricias delicadas

con manos afiladas

cortas en trozos, para llenar tu collage

pegas con sangre

sueños y recuerdos que nadie va a arrebatarte

descifras el mensaje que te ayude

a despertar.



Gen Gibler



Gen Gibler es fotógrafa radicada en Monterrey, especializada en danza y retrato. Desde hace más de 15 años ha capturado a artistas en escena y detrás del telón.

Es fundadora de Danza en Monterrey, una plataforma dedicada a celebrar la danza, y en sus proyectos personales sigue explorando temas de belleza, pérdida y resiliencia.



Diapositivas del cabello

Un cuarto oscurecido. El carrusel empieza a girar.
Cada clic da paso a una ventana de luz positiva.

Elevador

Aire invernal. El pecho de LM me contiene.
Solo se me escapa un "Ay güeeey".
Dos figuras como una sola
mientras las paredes susurran maligno.

Cirugía

Destello de la silla que rueda,
la tinta azul marca el camino al centinela.
Una mujer en la sala dice "que salga todo bien"
mientras la puerta se ilumina.

La llamada

La primavera entra brillante por la ventana.
El teléfono dice quimios. Yo escucho cabello.
El carrito avanza y se queda en negro.

La propuesta

La voz de Marce, lámpara encendida: "Es horrible. Me rapo contigo"
Mi miedo no era trivial; ella lo sostuvo conmigo.
Soltamos los años, a distancia,
nuestros rostros duplicados en un espejo de píxeles.



El casco

Primera quimio. Un casco frío aprieta el cráneo.
El doctor habla bajo el agua, la enfermera dice valiente.
Estoy dentro de una tormenta, no puedo pensar con claridad.
La quimio es lo que importa. Este casco, solo por el cabello.

La regadera

Espuma de jabón, vapor, un colapso suave.
Mi mano llena de mechones como lluvia oscura.
La coladera guarda el secreto, se lleva el peso.
Sé que es momento.

La maquinita

LM detrás de mí, suave y cuidadoso.
Yo, medio rapada, con un mechón noventero.
Reímos y lo dejamos.
Un estilo que jamás habría probado de otra manera.

Autorretratos

La cámara y yo.
Un espejo distinto en mi búsqueda de la belleza perdida.
¿Se fue por la coladera junto con el cabello, cejas y pestañas?
Empiezo a conocer mi nueva piel. Un paso a la vez.

Epílogo

La luz vacía anuncia el final del carrusel.
Listo para un nuevo carrete, una nueva etapa.
El cuarto sigue oscuro, pero sé dónde está el interruptor.



La memoria de Eugenia

El aire olía a jabón neutro y papilla de avena. La ventana apenas dejaba entrar la luz de la tarde y Eugenia, con las piernas envueltas en una cobija azul desteñida, miraba el techo sin mirar. Así pasaban sus días, contándose los pasos que aún podía dar sola. Hasta que escuchó un golpecito en la puerta.

—¿Tía Eugenia? —La voz era temblorosa, joven y rota por el llanto.

Eugenia giró lentamente el cuello. El rostro que entraba le parecía una fotografía deslavada de alguien muy querido.

—¿Emilia? —dijo. Sus labios delgados se curvaron apenas. Emilia corrió a abrazarla, hundiendo la cara en su cuello frágil. Y las dos se quedaron, envueltas en años no compartidos.

—Cuéntame... ¿cómo está mi hermana Eunice?

Emilia no respondió de inmediato. Se apartó para mirarla a los ojos.

—Murió hace un mes, tía. En su cama, dormida. Un paro cardíaco. Tenía 82 años... murió en paz. Eugenia no dijo nada. Cerró los ojos. Imaginó a su hermana sonriendo, las uñas pintadas de rojo, el cabello teñido de castaño, como le gustaba.

—Vivía en mi casa —continuó Emilia—. Tenía un cuartito con cortinas lilas. Cada tarde jugaba con mis hijos, cenábamos juntas. Le pintábamos las uñas y le contábamos chismes. Pero... siempre preguntaba por ti.

—¿Y tú qué le decías?

—Que estabas viajando por el mundo. No tenía el corazón para contarle que tus hijos no me decían dónde estabas... Que hacía años te habían traído aquí.

Eugenia asintió, con la cabeza muy quieta.



—Eso suena a algo que harían. Lorenzo siempre fue egoísta. Josefina... callada como su padre.

—Me costó meses dar contigo. Fui hasta sus casas. No querían decirme nada. Decían que estabas bien, que no necesitabas visitas. Pero no podía quedarme con eso.

—Y aquí estás —susurró Eugenia, como si le costara creerlo.

—Aquí estoy. La administradora no me dejaba pasar al principio. Pero traje fotos, mis papeles, le conté de mamá. Lloré. Hasta que me dejaron entrar.

Las semanas siguientes se pintaron con otros colores. Emilia regresaba cada sábado. Le lavaba el cabello a Eugenia, se lo teñía de castaño, le limaba las uñas con cariño. Jugaban continental mientras reían a carcajadas, volvían a ver álbumes familiares.

—Mira esta —dijo Eugenia, levantando una foto arrugada—. Fue el día en que Eunice casi se cae al canal.

—¿Qué? —preguntó Emilia, sonriendo.

—Quería que le tomara una foto en la orilla. Se paró como bailarina... y ¡pum!, se resbaló. No cayó, pero nos dio un ataque de risa. Me temblaban tanto las manos que no pude enfocar. Terminamos en el piso de tanto reír.

—No sabía que mi mamá era así —susurró Emilia, conmovida.

Hubo un silencio breve.

—¿Y tu cámara? —preguntó Emilia.

—Ya no está. Se la quedaron mis hijos cuando me trajeron aquí. Dijeron que era muy delicada para mí.



Emilia apretó los labios, decidida. El sábado siguiente llegó con una cajita envuelta en papel sencillo.

—Para ti, tía —le dijo, sonriendo.

Eugenia la abrió con torpeza. Al ver la cámara digital, soltó una carcajada.

—¿Qué es esto? ¡No tiene rollo!

—No, pero guarda recuerdos igual. Te enseño.

Y así comenzaron de nuevo. Emilia le enseñó, su hijo imprimía las fotos, y juntas armaron nuevos álbumes: la sopa, las cartas, la ventana, las arrugas.

Eugenia volvió a mirar el mundo con un lente. Y con cada clic, tejía el presente con hilos del pasado.

Pasó un año así, cada sábado como un regalo. Hasta que Emilia logró la autorización legal para sacarla del asilo.

—Nos vamos a casa, tía.

Eugenia lloró sin vergüenza. No sabía que se podía volver a vivir.

En la casa de Emilia le pusieron un cuarto con luz, plantas, un tocador lleno de broches. Volvió a usar collares. Pintó retratos de sus recuerdos con palabras. Emilia grababa sus historias, las transcribía. Así reconstruyeron la vida de Eunice, la que se había perdido en la memoria.

Eugenia vivió varios años más. Murió un martes, con la cámara junto a la almohada. En sus últimas fotos aparecían Emilia, sus sobrinos nietos, las manos entrelazadas, una rebanada de pastel y una nota en tinta azul:

"Gracias por escucharme. Recordar es vivir muchas veces. Y contigo, lo hice todo de nuevo."



Tesoros imaginados

La imaginación abre puertas
a los rincones de un mundo sin fronteras
y a lo que no existe.

Encontramos tesoros
que muestran que es posible
una vida de amor y éxito
siendo solo quienes somos.

Pero aparecen también
sombras
señales confusas
avisos disfrazados
y espejismos.

La realidad es
una que sacude y duele,
que obliga a reinventarlo todo
sin miedos
y construir algo mejor
desde aquí.



Todo puede ser distinto

La imaginación propone lo indomable,
un salto hacia lo que podría ser.

A veces, solo imaginar
vuelve posible existir de otro modo,
cambiar el rumbo del barco.

Aunque el temible mexicano y la violencia
aparezcan como un parpadeo eterno,
existo.

Y tengo éxito porque amo,
porque creo que todo puede ser distinto.



Vidas posibles

Parpadeo por cinco horas
frente a mundos ajenos al mío.
Busco señales, ideas, secretos,
algo que encienda la chispa
y me ayude a imaginar distinto.

Descubro que puedo vivir
muchas vidas,
todas las que alcance
a soñar.
Ser una, ser otra, y al día siguiente,
cambiar de piel sin miedo
y volver a empezar.



Lady Murcia



Para unos Lady, para otros Estefania, el mismo ser lleno de amor para dar a quienes su gentil corazón puedan hacer brillar. No pide demasiado: una buena comida disfrutar y de matemáticas poder hablar.

Seguro a jugar basquetbol te va invitar, aunque muchos otros juegos su corazón de niña aceptará. Unos tacos le pueden invitar, si carne por verduras pueden reemplazar. Seguro encontrarás, un intercambio en formas de pensar.

Aunque su primer llanto en suelo colombiano encontró lugar, muchas lagrimas de alegría otros paisajes recorrerán.



No crecer para quedarse a su lado

Coincidencias incalculables de la vida, han hecho que a pesar de extremos cambios, este grandioso filamento haya logrado mantenerse 32 años en ese especial lugar, donde sueños y pensamientos, nacen, se desarrollan y finalmente se transforman.

Él esperaba quedarse para siempre, pero hoy se despide.

Hoy es el día más triste y feliz de su vida, sabe que como siempre, sus lazos no lograrán abrazar su hogar, e inevitablemente recuerda lo mucho que significó vivir como parte de ese incalculable hiperplano afín.

Nadie podría imaginar toda su sabiduría, pero se puede intuir de lo peculiar de su existencia. Ha encontrado refugio detrás de una cueva donde el eco, resuena en el universo y en su cuerpo a la vez.

Tiene un color y tamaño adecuado para confundirse perfectamente en su entorno, cualidad que le ha permitido sobrevivir una y mil veces. Pero es más interesante su textura: suave y fuerte a la vez.

Le ha visto crecer todos estos años y a su lado ha vivido toda serie de sucesos. Sintió sus primeras lágrimas y recurrentemente un sinfín de ellas. Ni el ser humano mas filoso, podría recordar con tanto detalle, la manera en la que él tiene grabados su olor y su sabor. Algunas veces, soportó humedad y sequedad de todas las clases pero esto no fue una carga, fue sentirse vivo y con un propósito claro y bien definido y es que mantener todo a 36, requiere de un trabajo constante y de hecho cada vez más intenso.

Un gran adiós a este bello.



Sorpresa

En la vida como en la jungla se vive intensamente con algunas sorpresas cada vez.

Aunque no se puedan sentir las mismas emociones dos veces de forma exacta, porque el algoritmo no tiene los mismos datos de entrada, es posible que seamos adictos a intentar lo mismo una y otra vez.

Dejarnos sorprender en esta jungla de sentimientos es lo que nos mantiene vivos.

Poco sirve ser tan predecible, si nuestro entorno nunca lo ha sido ni lo será.

Después de todo, aunque sea espesa, en la jungla siempre habrá puntos de altura que te permitan ver el panorama.



Tragicomedias para Pushkin

Vivo en este periódico ruso con anuncios de tragicomedias nunca vistas,
viviré un día más para completar la sección pendiente de la semana pasada y sus aristas.

Quiero estar aquí y allá para leer de nuevo escritos de mis días,
y en la siguiente página llenar con fotografías el espacio en blanco de todas mis vidas.

Comentar como oyente de esta guerra,
que en nuestra lengua no está escrita,
la verdad de mi indiferencia,
porque estando lejos las balas también llegan.



Ligia Chan Brito



Nace en Mérida en el año de 1980. Cursó diversos talleres de artes visuales en los centros culturales de Mérida, Ibérica, Casa de España y José Martí, en la UADY, Facultad de Ciencias Antropológicas, y en el Centro de Artes Visuales Mérida.

Podemos ver su obra en Reinterpretaciones pictóricas: un juego de luz y sombra, El etéreo espacio donde los mundos giran y el Festival Mayakuirs. Ha realizado murales en el Jardín Bepensa y con el Colectivo Tomate y participado en el Festival Azul Maya Ch'ojj y en la exposición "Expresiones de Otoño". Su obra fotográfica fue seleccionada en el Concurso Fotográfico Epson México, 2009 y convocatoria Mercados y tianguis para el día de muertos 2011. En diseño editorial y letras, ha participado en revistas y libros como el de Pájaro de Fuego, Letras en Rebeldía, Navegaciones Zur, Camino Blanco, Revista Delatropa, Revista Canek, Revista Común, entre otros. Es conocida también como Chambrít4s.

Festín

Las copas chocan
el tintineo es un idioma
(que nadie recuerda)

El vino sangra paisajes en la mesa
un desierto donde las velas son faros
un bosque donde el modelo respira
un abismo donde la bailarina se desvanece.

¿Quién sueña en este instante?
¿El vino?
¿La llama?
¿La modelo que calla?
¿La bailarina que vuela?

Todo se curva, retuerce, desvanece.

Las copas reflejan un rostro
que no existe
las velas susurran profecías
en lenguas muertas
los paisajes se pliegan
como pergaminos heridos.

La bailarina se disuelve
en un viento que no sopla.

El modelo sueña
que el mundo es apenas un verso
que nadie escribió.



Hambre

La salsa es chispa, un cuerpo hablando sin permiso, hambre, hambre.

La salsa retumba en su casa de enfrente, un templo de luz y ritmo. Sus caderas, anchas como la selva, se mecen; su solidez, un mapa de curvas vivas. Sus arrosos, enormes, desafían la gravedad, moviéndose como lunas en un cielo ardiente. Te muerdes el labio, el deseo quema la piel. Baila sola, ajena a tu mirada, girando en su sala como si el mundo fuera suyo. Cada paso despierta un anhelo sin nombre, un hambre. Imaginas cruzar la calle, tocar su puerta, perderte en su risa y su carne. Pero te quedas quieta, atrapada en el umbral de tu propia vida. La salsa se detiene, y ella, jadeante, se asoma a la ventana. Sus ojos encuentran los tuyos, un relámpago. Sonríe y el universo se pliega en esa curva. No dices nada, pero tu corazón late al compás de su danza, y la noche, cómplice, guarda ese secreto en el silencio.



La ocasión la pintan calva

Mezcal, sudor y promesas rotas. El frío se cuela por la puerta, trae consigo el eco de la ciudad: cornetas, risas rotas, el murmullo de la lluvia que no cae pero amenaza. Me toman y elevan. Rozan mi piel y se deslizan como un amante que no pide permiso. Aquí, donde las luces cortan la penumbra como cuchillas, me siento. Parte de mí es un susurro, un deseo que no necesita palabras.

Hombres y mujeres me miran con los ojos cargados de hambre. Sin voz, les cuento de noches interminables, de amores que arden como cigarrillos y se apagan en un instante. Me alzo, me retuerzo, me convierto en sombras que se burlan de la gravedad. Soy el deseo que flota. Siguen bailando. Ajenos. Me abrigo al roce del aire, a la vibración de la música, a la mirada de un extraño.

Las luces cambian, se detienen. Se lleva una mano a la nuca y yo me pego a su piel, húmeda por el calor del lugar. Pero el viento no me abandona. Sopla de nuevo. Me libero con su caricia que es casi un gemido. Ese soplo travieso que me enreda en una danza. Somos el abismo, un secreto bajo la luna. Es un vaivén sensual que promete todo y nada. Siento su calor, el pulso acelerado de su sangre mientras baila. Pero, no le pertenezco. Pertenezco a la noche, no al viento que huele a lluvia lejana y a asfalto caliente.

Cuando la música baja y ella camina hacia la barra, sigo vibrando todavía en el abrazo del viento. Alguien le dice algo al oído, le ofrece un trago.

En el caos del antro escucho un suspiro colectivo, un latido que no viene de la música sino de los que me observan. Soy la negra que baila con la noche, que se enreda con el viento, que vive más allá de ella. Una danza sin fin, sin nombre, sin ley.



Palabras

Es melancolía convertida en sonido, esperanza, como si cada cuerda diera una historia que no necesita palabras.

Las voces emergen de la línea como si el metal las pariera. “Dios mío, dame más tiempo”, susurra una mujer de ojos vidriosos y aliento a café. No la miras, pero su súplica se clava. A la derecha, un niño sin rostro tararea una canción que conoces, pero no recuerdas. El metro frena; el tiempo no. Un anciano, con piel de pergamino, se aferra a tu brazo. “Algún día”. Su mirada es un abismo donde caen las mañanas. Codos y mochilas chocan suavemente. Las peticiones crecen en un coro de almas atrapadas. “Permiso, permiso”, “Mi hijo”, “Qué pendejada!”, “Interesantee!” “No mames, Joaquín!”. El vagón se estira al infinito. Tu reflejo en la ventana ya no es tuyo; es un mosaico de luces y rostros. Un aroma indefinible de la ciudad misma. El tiempo se disuelve en sus voces. Y tú, suspendido: no eres un pasajero, estás diseñado para ser remolcado, condenado a cargar sus deseos eternamente.



Soltar

El rock sacude el alma como un grito, rompe el silencio de la rutina. Un pulso rebelde que provoca, enciende y hace soltar lo que pesa. Es crudo, libre, como si el mundo se detuviera.

El asfalto huele a gasolina, a cansancio, tus tacones resuenan como un reloj que no para. Estás atrapada en números que no explican el vacío en tu pecho. La gente pasa bajo un cielo gris que murmura esperanzas. Entonces, la lluvia. Gotas frías besan tu piel como si el agua deshiciera el cemento de tu vida. Corres a un parque vacío, el vestido se pega a tu cuerpo. Sin pensarlo, te desnudas, la ropa cae como cadenas rotas. Bailas bajo la lluvia, giras, salpicas, tus pies descalzos abrazan la tierra. Eres niño otra vez, sin deudas, sin horarios. Pero el aguacero cede y el frío te recuerda: ya no eres así. Recoges tu ropa empapada y el maletín. La ciudad regresa, inhumana. Solo queda el eco de tu risa, atrapada en las gotas que se secan.



Nancy Hernández



Nació el 8 de septiembre de 1976, en Guadalajara, Jalisco; tierra del mariachi y el tequila. Desde pequeña la vida la ha llevado a vivir en diferentes estados de la república mexicana. San Luis Potosí, Sonora, Sinaloa, Tabasco, Veracruz y Nuevo León, radicando actualmente en Guanajuato.

Arquitecta de profesión, ha laborado en el sector público y en el privado.

Le apasiona la naturaleza, las plantas son su adicción y los animales su debilidad teniendo especial conexión con los perros.

Maratonista, correr es su medio para liberar sus demonios.

Sus pasatiempos son las artes manuales y la lectura, la cual la llevó a participar en este taller literario.



Espejo

Esta palabra y la imagen del rostro de una mujer dividida en dos personalidades me resuenan invitándome a reflexionar sobre cuántos reflejos habitan en mí.

Veo una versión de mí distinta cada que me observo en un espejo, unas veces soy increíblemente hermosa con una mirada vibrante que resalta todas las facciones lindas de mi rostro, soy una manzana apetecible y jugosa.

Pocas veces mi mente es equilibrada, mi aspecto saludable, mi actitud benéfica, soy un kiwi agri dulce, cargado de nutrientes, feo por fuera y exótico por dentro.

Otras, soy una piña verde, áspera, amargada y astringente, no encuentro nada bello en mí, ni el mejor maquillaje hace magia y sin embargo debo usar el disfraz de fruto maduro para que los comentarios agrios y sarcásticos de las personas que me rodean no afecten aún más mi reflejo, aunque estos sean dichos siempre con “la mejor intención”.

Si sólo puedes ver en otras personas lo que llevas dentro de ti, me temo que hay temporadas en que soy una fruta podrida, viendo sólo el deterioro en todo y en todos, con un detector de comentarios desagradables, ácidos. Ni la fruta más brillante y colorida me sorprende, ya que, con mi crítica más mordaz, pero “bien intencionada” logro exponer los gusanos que lleva dentro.

Si debo aprender del reflejo que recibo, ante el ataque de afiladas palabras, recordaré que soy espejo de otro que ha perdido momentáneamente su belleza, convertido en detector de podredumbre.

Si yo soy tú y tú eres yo, entonces esos días en que no somos la fruta más brillante, debemos intentar controlar nuestras expresiones mohosas, para evitar exaltar esos reflejos en los demás, que apestan, dañan, consiguiendo que seamos parte del montón de desperdicios.



¿Y qué pasa entonces con esas personalidades que viven del sarcasmo y los comentarios hirientes?

¿Su reflejo es más doloroso que el mío?

Definitivamente debo alejarme de ellas, no vaya a ser que consigan reflejarse en mí.

Concluyo que, si una persona me molesta tanto, es porque me estoy reflejando en ella. Seguramente yo también estaré siendo una persona incómoda para alguien más.

Una disculpa a todos los seres a los que he lastimado en mis momentos más oscuros.



Idilio

Caprichoso, abundante, robusto y curvado. Unas veces oprimido y relamido y otras tantas libre y encrespado.

De origen castaño, ha portado con orgullo el rosa, naranja, cobrizo y dorado. Pudo ser lacio, pero decidió ser rizado, el calor lo reseca y la humedad lo esponja.

Tiene el poder de influir en mi personalidad, a la altura de la barbilla soy independiente, empoderada e indomable. Por encima del hombro, equilibrada, sutil y dulce. Más allá de la media espalda, femenina, sensual y sumisa.

Sus espirales son mi distintivo, dócilmente me permite jugar con el y soporta altas temperaturas al estirarlo, solo para escuchar engreído cuando me preguntan... ¿Dónde están tus chinos?

Ha sido mi mejor aliado, estandarte de mi rebeldía. Es de mi propiedad, sin embargo, en mi adolescencia mi mamá dejó de hablarme por meses al cortar por primera vez mi melena larga descubriendo mi nuca; mi abuela me miro horrorizada, porque al igual que Sansón había perdido mi encanto. Desde entonces, me divierto incomodando al probar diferentes facetas: bob, en capas, con flequillo, shaggy, partido en medio o de lado.

Me definen como valiente por cortar mi cabello, que siempre debería traerlo largo, eliminar el frizz, y domarlo.

Soy mujer y no es por el tamaño de mi cabello, mi estatus económico no lo determinan sus rizos, su color no indica mi grado de educación; es libertad lo que presumo.

Mientras tenga la fortuna que esas hebras sigan creciendo, seguiré disfrutando, esponjándonos y liberándonos.

¡Y pensar que nací pelona!



Krako y la milonga de amor

Todos los días espero tu llegada con ansias y sin embargo pasas de lado, ni siquiera me miras, callo mis ansias y ahogo un grito: ¡no me olvides, no dejes secar mi tinta!

Si al menos me escucharás, sabrías cuánto necesito la calidez de tu mano para aliviar mis temores y sacudir el entumecimiento de mi cuerpo y mi mente.

En la cotidianidad, vivo arrumbado sobre el escritorio de tu recamara, siendo testigo de cómo pasas tu tiempo en una pantalla que te atrapa y te llena la cabeza de imágenes y ruidos sin sentido, huyendo de ti, distrayendo tu mente y tu corazón.

Se que tu rechazo es en realidad miedo de enfrentarte, porque ya ha pasado que al tomar mi delgado cuerpo quedan al descubierto todas sus aflicciones, en largos escritos terapéuticos.

Hoy no ha sido un buen día, lo grita tu cuerpo encorvado, caminas arrastrando los pies, cabizbaja y meditabunda.

¿Acaso otro desamor?

¿Quién pudo hacerte tanto daño?

Los celos y la furia me invaden, yo nunca podré provocarte esos sentimientos; pero te conozco más que nadie, conmigo no finges, soy yo con quien te desahogas.

Vamos nena, ven a mí, libérate, ¡úsame!

Vienes directo a mí sujetando un vaso de whisky en las rocas, wow esto sí que será intenso, sé que éste es mi momento, te sientas a mi lado y me sujetas con tus manos húmedas y temblorosas, puedo sentir tu rabia y tu calor, me arrastras sobre el papel con tal fuerza que lo rasgo ¡maldición!, ¿Qué hice? Me aventarás nuevamente al cajón.



No, no me suelta, me aferro más a ella y veo como la lluvia que derraman sus ojos lo humedece todo, reúno todas mis fuerzas y logro que su mano vuelva a ponerme sobre la libreta, esta será nuestra pista de baile, la tinta corre por mis venas y se diluye con los charcos de agua salada, nos fusionamos en un abrazo íntimo de dos amantes que encuentran consuelo en una caminata sincopada al ritmo del tango, fluyendo al unísono en una danza de líneas curvadas y manchones azules, salpicándolo todo, derramando mi sangre y todas tus emociones.

Ensamblamos los acordes de tu pulso y las letras de tus lamentos, y al son del bandoneón te dejas guiar por mí a un mundo de frustraciones, palpas mi adicción quedando al descubierto la soledad en que vivo; dibujamos surcos liberando tu dolor; entrelazas tus dedos en mi cuerpo rígido y sediento con unos pasos de milonga y yo difumino tu angustia con unas piruetas al aire.

Bailamos tragedias, tristezas y pasiones en libertad, hasta que acabamos exhaustos, con el alma desnuda, desvaneciéndome en tu mano sin tinta y sin whisky.



Priscila Lozano



Nació en la ciudad de Aguascalientes el 25 de agosto de 1986 de padres Zacatecanos. A los 18 años se mudó a la ciudad de Monterrey dónde cursó sus estudios como Ingeniera Química, una vez graduada, comenzó a trabajar en el sector energético. En el 2015 cursó una Maestría en Energía en la Universidad de Nottingham en el Reino Unido. A su regreso a México continuó trabajando en el sector energético.

Dentro de sus intereses fuera del sector energético y su carrera profesional se encuentran el montañismo, como uno de sus grandes amores, el flamenco y la lectura.

Ahora incursionando por primera vez en la escritura formando parte del colectivo Mándala.

Diálogos empezarán inmediatamente

Y ahora, estamos aquí, representadas, unidas y con poder.

Pero, ¿Cuánto tiempo nos tomó llegar aquí?

¿Cómo nos dimos cuenta de que algo no estaba bien?

¿Fueron quizás todas esas penurias y muertes?

Aquí, la lucha nos mantiene

entre el hambre y la belleza,

la tranquilidad y el bullicio,

los sonidos del silencio y los estruendos del diálogo,

¿será que esa abnegación loca nos llevará a nuestra mejor versión?



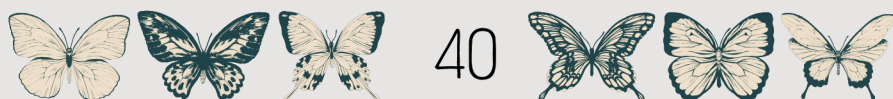
La abnegación una virtud loca

Favoritas, mientras no hablemos,
clásicas que no mueren, mientras no nos maten,
locamente abnegadas, hasta el último momento,
y después... ¿qué?

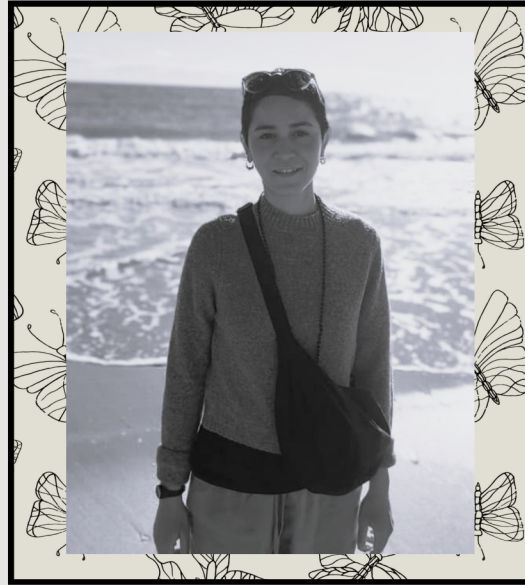
Muerte, dolor, soledad, silencio.

El reparto de utilidades correspondientes al género, a nuestro género,
dictadas por quién sabe quién.

¿Habrá, en algún momento, una mejor versión de esto?



Renata Escamilla



Nació frente a un colorín el 25 de marzo de 1989 en la Ciudad de México, creció bajo un durazno en Querétaro y se sentó a la sombra de un limonero en Yucatán.

Su interés por la relación entre las sociedades humanas y eso que, para diferenciarnos llamamos naturaleza, la llevó a estudiar antropología y geografía; pero la literatura ha sido siempre un refugio para arroparse en la noche. Jugando a la palabra, ha encontrado un medio para poner en diálogo distintas lenguas; tierra para labrar la voz.

Para alcanzar al pensamiento y que las ideas no se le vayan al monte, le gusta ir en bicicleta. Le interesa la cocina por ser alquimia que congrega y le maravillan los inicios que regalan las mañanas, suave bostezo que renace.

Cocodrilo

*

El sol se acuesta y al mangle fiero le crecen colmillos. Acecha. Millones de insectos nocturnos en un ronroneo trepidante. Itzamná parpadea. Su mirada de jade penetra la noche. Deslizándose como balsa entre canales, Cipactli, memoria rugosa de la chinampa labrada. Tierra fértil. Se arrastra fuera del pantano exhibiendo su ser anfibio y ahí permanece inmóvil narrando el origen del mundo, cuando la tierra y el agua eran la misma cosa. Monstruo de barro, rompe la quietud en una maniobra y zambulle a su presa al inframundo como raíz de la ceiba. Tonalli que encarna la dualidad del Mictlán.

**

El viento sopla cada vez más fuerte silbando una tonada que no conozco. Bufando, quiere empujarme hacia otro destino. El frío y la lluvia me calan los huesos, las alas pesan como plomos. Me detengo en la cumbre de un cerro de piedra y descubro que estoy perdida buscando tierra cálida para anidar. Vuelo hacia el árbol más alto y caigo en un sueño profundo bajo el cobijo de un *pich*. Ahí, sueño lagartos hablando en lengua extraña. Aunque no sé lo que dicen, escucho.

Cuando abro los ojos, como una partera, recibo un cielo naciendo en una tierra fecunda.

Me subo al cocodrilo. Los pies me punzan. Me saco los tacones sólo un poco para que el chofer no lo note. Mi mamá dice que las señoritas no debemos usar esos zapatos, pero en la fábrica todas las oficinistas se visten así. Le digo que los zapatos planos eran de cuando las mujeres no salían a trabajar y se la pasaban en sus casas haciendo quehacer, ahora es diferente. Aunque a veces lastiman y se hacen ampollas, las caderas se mecen con más gracia en la pista de baile: un paso aquí...

un paso allá...



Contrato de escritora

De una parte:

Yo

Desde ahora denominada <<Yo>>

Y:

Yo

Desde ahora denominada <<Yo>>

Declaramos:

Escribo porque mi voz es la matriz que da vida a la palabra con que dialogo y me enuncio frente al mundo (*incluyendo la minúscula parte que soy yo*).

Escribo para hacer poesía de la gracia de un limón. Para exaltar la fina membrana de sus vesículas de jugo, la perfecta geometría de sus segmentos y fantasear con la explosión de sus cientos de cápsulas de ácido entre mis dientes.

Escribo para retratar el olor añejo de un viejo en el camión, el dolor de espalda de una obrera y la miseria de un perro comiendo basura en carretera.

Por eso mi compensación, quiero decir, mi regalo como escritora, es sentir. No dejar de sentir.

Me comprometo a jugar con la palabra, a ensuciarme de letras para gritar que un día despierto árbol. Y a hacer de la escritura un ejercicio para compartir con mis amigas. Para reescribirnos con ternura.

En este contrato no hay horarios, trabajo a destajo, ni cuotas de producción. Tendré el trabajo con más prestaciones de todos: me voy a prestar cuidados, tiempo y mucha compasión.



Yo, huracán

Yo, filamento, grito la humedad de esta noche.
Resorte, fuerza que vuelve al origen.
Espiral que se extiende hasta el ∞ .
Camino de leche, savia que nutre.

Yo, plumas pilosas para vestirme de cielo.
Sueño encogido, erizo dormido.
Trompo que baila en el piso.
Tortilla caliente que se enrolla a los niños.

Yo, caracol, ola que rompe en la playa.
Fibra porosa que guarda, que piensa en mañana.
Tumbao de mi abuela, galaxia que gira con ritmo.

Yo, camino sinuoso que no tiene destino.
Recodo, mito que cambia de curso.
Fibra que pierde la fuerza, que lavo en cubeta.
Hebra sin tinta que viene de prisa.

Yo, la dialéctica, el devenir de la historia.
Vestigio de mona, recuerdo que cargo en un bulto.
Folículo curvo, cueva que abriga en el frío.
Las horas que pasan en círculos.

Yo, pueblo esclavo que no cree en el olvido.
Cimarrón que enrosca su escudo.
Memoria que trenza la herida, llaga que urde.
Los pelos de un elote y los rizos del frijol.

Yo, huracán.
Maraña de ideas perchando en un hilo.



Gracias

Angela, por la ternura
Gen, por la mirada
Lady, por el sostener
Ligia, por el gozo
Nancy, por la emoción
Priscila, por el atrevimiento
Renata, por la profundidad

A todas por sostenerme y sostenernos, por hacerse presentes
con la palabra y porque sin ustedes no sería posible aventarme
al vacío una vez más, gracias por ser la red...

Justine Hernández

